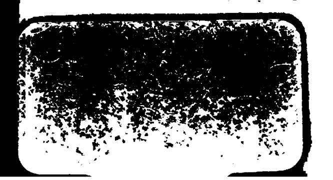

HARVARDIANA
ACADEMIA IN NOV·ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



LUIS NAVARRO NEYRA

RITMOS

PROLOGO DE MANUEL G. PRADA

LIMA

IMPRENTA DE «LA REVISTA»
POR FIDEL MONTOYA.
1905



LUIS NAVARRO NEYRA

RITMOS

PROLOGO DE MANUEL G. PRADA

LIMA

IMPRENTA DE «LA REVISTA»
POR FIDEEL MONTOYA.
1905

PRÓLOGO

PRÓLOGO

I

Esta colección de versos merecería llamarse *Fémina*, porque donde no divisamos la figura de Beatriz, Laura ó Manón, sentimos algo que nos induce á murmurar: por aquí pasó una mujer.

Como las páginas dejan á menudo trascender el amor y el deseo, parecen rimadas en el intervalo que media entre una excursión á Citeres y un viaje á Corinto. Aquí desborda una voluptuosidad, más que bebida en manantiales paganos, libada en fuente bíblica. Y usamos el calificativo, sin irónica censura, recordando que en los libros poéticos de la Biblia todo viene á sacudir nuestras

ocultas fibras, desde los alaridos de Job en el estercolero hasta los suspiros de la Sulamita en el lecho del Amado.

Como prueba, recordaremos algunos de los tercetos *A Kirsis* y unos doce versos de *El Terruño*.

¡Oh vértigo de amor el que me embarga,
Cuando adivino la opulenta curva
Que sube de tu seno á tu garganta!

. . . .

Si sólo cuando pasas á lo lejos,
El ritmo que haces al andar, sacude,
Como una nota musical, mis nervios.

¡Oh sueños voluptuosos que en mí surgen
Si miro en el temblor de tus pestañas
Los tonos claros de tus ojos dulces!

Pienso en caricias lúbricas que matan
Cuando miro tus brazos; mas á éllos
Invisibles tentáculos me arrastran.

Y gozo adivinando el sacro vértigo
Que la muerte sería entre las ansias
Vibrantes y anhelosas de tu pecho.

¡Oh tardes voluptuosas de verano,
De amores y de dicha; hermosas tardes
En que un escalofrío de caricia
Recorre por los ámbitos del valle;
En que las nubes pardas dulcifican
Al Sol canicular, que brilla y arde,
Dando al ambiente el tinte y el misterio
De una alcoba que espera á dos amantes;

En que parece que se escuchan quejas,
Ahogados besos y cortados ayes,
Y que las ramas que se enlazan, como
En un violento espasmo se contraen.......

II

Concluída la lectura de *Ritmos*, hojeamos el *Cantar de los Cantares* y decimos con el poeta hebreo:

Ha pasado el Invierno; la lluvia se ha mudado y se fué.

Las flores se han mostrado en la tierra; el tiempo de la canción es venido.

El tiempo de la canción es venido, un nuevo poeta surge para modular un nuevo canto de amores—"¡Cómo! preguntarán Gedeón y Calino: ¿hay aún quienes compongan versos amatorios?" Monsieur Prudhomme, queriendo oponer metáforas á metáforas, dirá gravemente, sin olvidarse de insistir sobre la famosa incompatibilidad de la poesía con las aplicaciones industriales de la ciencia:

—Los risueñores no anidan en los calderos de las máquinas á vapor.

A Monsieur Prudhomme, Calino y Gedeón res-

ponden todos los poetas mayores, desde Homero á Virgilio, desde Virgilio á Dante, y desde Dante á Víctor Hugo. La boga de Heine, Bécquer y Stecchetti les dice también que el público no rechaza los buenos cantos de amor.

No creemos en géneros agotados ni en formas envejecidas, sino en malos poetas ó cerebros incapaces de fecundizar el asunto. ¿Hay algo tan desusado ni tan muerto como la égloga y el poema didáctico? pues, si mañana reaparecieran un Virgilio y un Hesíodo, veríamos renacer lo muerto, remozarse lo envejecido.

Cuando algún decrépito imitador de Schopenhauer nos pruebe que las mujeres no resumen la obra más hermosa de la Naturaleza ó que el amor no encierra lo más dulce de las dulzuras humanas, entonces confesaremos que las poesías amatorias carecen de razón para existir. Algo valen la hermosura y el amor de las mujeres, cuando los dioses griegos olvidaban á las diosas y venían á solazarse con las hijas de la Tierra. Algo valen también, cuando los ángeles de Byron se regocijaban de perder el cielo, con tal de seguir siendo amados por las descendientes de Caín. (1)

(1) Como San Pablo manda que las mujeres se tapen la cabeza *por causa de los ángeles*, inferimos que las adamitas exhalan efluvios de seducción irresistible ó que los seres angélicos poseen un espíritu demasiado sensible á las tentaciones de la carne. Verdad que algunos de éllos merecen disculpa: según las afirmaciones de graves teólogos, los primeros ángeles se enamoraron de las mujeres por haberlas visto bañándose en traje paradisiaco.

El amor es un himno universal que en la planta se revela con el aroma, en el pájaro con el trino, en el hombre con la poesía. Cierto, hay amantes que guardan un silencio pudoroso: naturalezas profundamente reservadas, no se dejan oir; pero en lo más recóndito de su alma entonan lo que Fray Luis de León llama *un cantar sabroso no aprendido*.

Mientras palpiten corazones de veinte años, resonará en la Tierra el eco de las poesías amorosas; y mientras las mujeres continúen siendo mujeres, se gozarán en recibir un canto de admiración y ternura. También se regocijarán al verse maldecidas y fulminadas por boca de poetas desdeñados: maldiciones y rayos en verso expresan declaraciones de amor, significan la más apasionada manifestación del culto á la hermosura.

Bien sabemos que en celebrar el amor no cabe mucha novedad; pero, como advierte el autor del libro:

¿Qué importa si esto que digo
Fué ya dicho y es muy viejo?
Viejo es el verde del campo,
El zafir del firmamento,
El tono azul del miosotis;
¡Y siempre son verdaderos!
Viejo es el amor, oh amada;
¡Y ambos gozamos sintiéndolo!

III

Aquí no sorprendemos rezagos de misticismo ni huellas de patriotería. Y merece un aplauso el hombre que desde los primeros años de la juventud aparece libre de los errores y prejuicios conservados por muchos en todos los períodos de una larga vida.

Si fanatismo, intolerancia y agresividad se explican en almas juveniles, misticismo y ascetismo no se comprenden en cerebros electrizados por un Sol de Primavera. Acaso es natural que los viejos sustituyan la acción por el éxtasis y desdeñen la Tierra para meditar en el cielo; pero, seguramente,es más natural que los jóvenes respiren el aire de las cimas, beban á torrentes la luz del meridiano, recojan las flores del amor y olviden la muerte para deleitarse en saborear la vida. Al joven le toca pensar en cómo se vive con dignidad, al viejo en cómo se muere sin cobardía.

En vez del pesimismo cristiano, creemos vislumbrar una concepción plácida y serena del Universo, una aceptación de la vida, sin rebeliones grotescas ni esperanzas ilusorias. No escuchamos

maldiciones á la existencia ni anhelos por la Eternidad. Apenas si el nombre de Dios figura unas dos veces, no para recibir alabanzas, sino para granjearse pullas en los sonetos *A la Duda* y *Fiesta Cristiana*. La religión está irónicamente ensalzada por boca de un cerdo:

Estúpido es quien á negar se atreve
La religión: sin élla se desborda
Y ataca vida y propiedad la plebe.

Con agregar que el mismo personaje exclama:

Fe en patria, relaciones y dinero
Hay que tener: no aquélla del iluso
Que bienes pide para el mundo entero;

ya disponemos de un termómetro para medir los grados del calor patriótico. *En Marcha*, breve composición de ocho versos, contiene un esbozo de anarquismo.

Dios y Patria ceden el campo á Humanidad y Naturaleza. Aunque podríamos citar muchos rasgos en que resalta el sentimiento de la vida universal, sólo copiaremos algunos, tomados de las composiciones *A un Algarrobo* y *Al Trote*.

De la primera:

Con actitud humana,
De peñascos te empuñas y te aferras
Y tus raíces fuertes y rugosas
Hinchas así cual músculos de atleta.

Te he adivinado á veces
Contorsiones de angustia, aire de pena,
Si intenta derribarte, sacudiéndote,
El viento que rebrama entre las breñas.

. . . .

De la segunda:

Un rosal me sonríe; mas parece
Sus rosas ocultar si me aproximo:
Coqueta que se oculta en su ventana
Después de hacernos amorosos guiños.

Un naranjo leproso lanza al aire
Su ramaje doliente y enfermizo,
Y sufre más acaso en su impotencia
Para dar una queja ó un suspiro.

Las ramas de los lindes, mustias, secas,
Retorciéndose, asoman al camino:
Recuerdan manos que imploraran, manos
Dolientes y nudosas de mendigos.

. . . .

Al pie de un viejo de atezado rostro,
Una muchacha de semblante lindo
Hace pensar en una rama fresca
Alzándose de un tronco carcomido.

Con flexibilidades de culebra,
El agua pasa bajo un puente antiguo
Que luce á sus costados dos rosales,
Cual dos jarrones de soberbio estilo.

. . . .

Más allá, los huarangos, ante el hacha
Del leñador que llega, en su mutismo
Desolador y triste, son ancianos
Que serenos aguardan el peligro.

. . . .

Allá en el fondo, un resplandor de luces,
Como el claro de un túnel, da su brillo:
Es el torrente que retoza y juega,
Espejeando sus tonos blanquecinos.

. . . .

Y el monte avanza puntiagudas rocas
Que fingen, suspendidas sobre el río,
Puños que están en actitud valiente
De detener el golpe á un enemigo.

. . . .

Las descripciones de Navarro Neyra ofrecen el mérito de haber sido vividas, revelan al hombre nacido en una tierra sin lluvias ni ríos caudalosos, en un país donde las torrentadas de la cordillera bajan como el intermitente y valioso regalo de una divinidad. En éllas aparece Ica, la Arabia sin beduinos, camellos ni simunes, la comarca del Sol y de los médanos, de la viña, de la palma y de la higuera. Ahí se suspira por la gota de agua, como en Siberia por el rayo de calor. Según el mito peruano, la aridez de la costa fué castigo de un Dios irritado por la ingratitud y corrupción de sus malos hijos; la lluvia se debe á la generosidad de una princesa ó escanciadora divina que sube á la cima de los montes para derramar el agua de un cántaro y enviar un refrigerio á las bocas y tierras devoradas por la sed.

Reuniendo estrofas diseminadas en estas páginas y agregando algunos cuadros, se lograría formar un poemita con sabor local y digno de lla-

marse *El Canto del agua*, donde no faltarían sus idilios bajo las parras ni sus dramas en las *tomas*. *El Terruño* encerraría la mayor parte de los elementos para la obra.

Primero la sequía:

Bajo el árido Sol, caliente y seco,
Como un verano eterno sufre el valle.
Su mancha de verdura,
Rodeada por inmensos arenales,
Recuerda una esmeralda
Que envolvieran fulgores de diamantes.
Y las crestas y abismos de la arena
En giro caprichoso, interminable,
Fingen una tormenta en que se hubiera
Petrificado súbito el oleaje.
En medio á esos desiertos
Sólo osa aventurarse
La palma, como bravo centinela
Que un campamento de verdor guardase.
Delira el valle en su terrible fiebre
Por la nieve perpetua de los Andes
Que lejos duermen y también suspiran
Por el ardiente valle:
Amantes que se adoran
Y que suerte fatal tiene distantes,
Bocas que tiemblan llenas de caricias
Sin lograr el momento de juntarse.

. . . .

Después el deshielo de las nieves por el Sol y el descenso de los riachuelos á la costa:

Cual muerta que en las sombras de una iglesia
Entre tules descansa y entre encajes,
La nieve del invierno está en las sierras
Entre gasas de un pálido celaje;

Pero despierta al beso
Caliente y lento que el verano trae,
Y sacudiendo el invernal letargo,
Se despereza pronta y se deshace.
Dejando ya su placidez de muerta,
Es lúbrica bacante
Que con gritos y risas empezara
Desenfrenado baile.

....

Por fin, las lluvias torrenciales unidas al deshielo, el riego abundante y el regocijo de la Naturaleza:

En torrentada el agua del invierno
Se trueca ya, juntándose
A la lluvia impetuosa que el verano
Deja caer en rápidos raudales:
Y sus olas en tumbos bulliciosos
Se yerguen y se crispan al tocarse,
Cual brazos de mujer que, en sacudidas
De amor, para estrechar se levantasen.
Al acercarse el agua, se estremece
En sus confines últimos el valle:
De amor tiembla, y sonríe á la caricia
Que voluptuosa la corriente le hace.
Quizá también si palpitó por esa
Venida de las aguas estivales
Con la ansiedad suprema del que espera
A un sér querido que la vida trae.
Como rendida el agua
De su agitado y presuroso viaje,
Cual si quisiera descansar, se tiende,
Ya lenta y perezosa, por el valle
Derramándose en hilos
Por infinitos cauces.
A su contacto tierno,

A su lujuria suave, incomparable,
Los naranjos se alegran,
Se sacuden los sauces,
Las palmeras se mecen,
Embriagados vacilan los parrales,
Y hasta el huarango que en la altura vive,
Al escuchar sus risas y sus ayes,
Siente quizá la pena del eunuco
Ante una diosa de opulentas carnes.

En lo leído se nota originalidad, porque abunda la sinceridad; acaso poeta original se reduce á poeta sincero.

IV

Muchos libros, aunque no parezcan moralizadores ni docentes, encierran una moral ó una enseñanza; y si no contienen ninguna de las dos cosas, el lector se arroga el derecho de encontrarlas. Quizá las lecciones de este pequeño libro se condensan en una frase no muy larga: *perdón á las culpas amorosas.*

El autor de *Ritmos* rechazaría el brutal consejo de Alejandro Dumas *¡Tue-la!* sabiendo que si al hombre burlado por una mujer se le dice al oído *¡mátala!* á la mujer engañada por un hombre se la gritará con mayor peso de ra-

zones *¡mátale!* Él murmuraría *¡perdónala!* contrariando la salvaje moral del antiguo drama castellano, donde se considera la sangre como el único detersivo para quitar las manchas de la honra.

Y procedería con tanta elevación de alma por no conservar en élla muchos sedimentos de supersticiones religiosas. La idea de perdonar á la mujer culpable se debe más al Paganismo que á las religiones judaicas: según la antigua y la nueva Ley, ningún pecado se exime del castigo. Menelao en las ruinas de Troya se muestra más generoso que Jehováh en el paraíso. Cierto, Jesús (que no era juez ni parte) se arroga el derecho de perdonar á la adúltera; mas ¿qué mérito hay en remitir culpas que no redundan en deshonra ó perjuicio nuestro? Jesús habría practicado una acción laudable y digna de eterno aplauso, si hubiera perdonado el adulterio de su mujer.

Sócrates en la comedia de Banville (2) aparece más humano que Jesús en los Evangelios; perdona como juez y parte (verdad que se trata de sopapos y no de infidelidades). Abofeteado por Jantipa, el gran filósofo no pierde la serenidad olímpica, desarmando así la cólera de su mujer que se avergüenza de la falta, se arrepiente y fulmina rayos contra el sexo femenino.

—*La mujer es el origen de todos los males*, concluye por decir Jantipa.

(2) *La Femme de Socrate*.

—*Adorémosla, sin embargo*, responde Sócrates, *porque es la obra más perfecta de los Dioses.*

Pero en este libro, no sólo se encarece la idea generosa del perdón: se predica el derecho á pecar, hasta se ennoblece y glorifica las culpas del amor. El poeta de *Don Juan* exclamaba en un verso que sería dantesco si no fuera byroniano:

Great is their love who love in sin and fear:

"grande es el amor de los que se aman en el pecado y en el miedo". Si el autor de *Ritmos* anda extraviado por un lugar escabroso, puede alegar que marcha en buena compañía. En *A Aspasia* figuran versos como los siguientes:

¿Por qué sueles perder tus alegrías
Y ya no ríes si me das tus besos?

¿Piensas acaso en eso que pregona
Esta moral idiota de protervos,
Que admite infamias, crímenes y vicios
Si acompañan la marca del secreto?
Ligera, dicen porque fuiste libre;
Cínico llaman lo que fué sincero.
Bien es que así te juzguen: para el topo
No se hizo el canto ni tampoco el vuelo.

Fué tu culpa ser linda, ser amada,
Que más de un labio se apoyó en tu pecho:
Es el crimen del astro que refleja
En más de una pupila sus destellos.
Nula es tu falta, y mientras seas joven,
Siempre conságrate al amor y al beso:

Arde el volcán mientras conserva vida,
La flor perfuma mientras guarda incienso.

....

¿Condenaremos estos pasajes y otros iguales ó más crudos? ¿Echaremos sobre todos éllos la hoja de parra ó el pañuelo de Tartufo? Acaso haríamos bien desde que

La hipocresía reina bajo el cielo
I se llama virtud;

sin embargo, como algunos lo harían con más título que nosotros, dejamos la profesión de moralizadores á los viejos impotentes, á los mozos invertidos, á los imbéciles y á los santos.

No debe igualarse el desnudo bien intencionado del artista con la malévola estampa del pornógrafo ni con el zafado gesto de la *cocotte*. El obispo Dupanloup tenía mucha razón al asegurar que *el pecado no está en la desnudez sino en el arremango*. Sólamente el neurótico puede sentir malos deseos en presencia de una chiquilla y de una estatua desnudas. La blancura, dureza y frialdad del mármol no provocan sensualidad ni escándalo en los hombres equilibrados. Al inflamarse con la Diana de Donatello se denuncia tanta lesión cerebral como al enfurecerse con la Bailarina de Falguiere. Los apasionados lúbricos de estatuas, lo mismo que sus mutiladores, piden sanatorio, claman por bromuro y ducha. La pornografía del

anormal no se iguala, pues, con el desnudo del artista y del médico. La ciencia y el arte lo purifican todo: la primera con la verdad, el segundo con la belleza.

No lo negamos: el arte suele andar reñido con la religión y las buenas costumbres; mas ¿los libros canónicos están en buena armonía con la literatura, y la vida honesta de los vecinos honrados se conforma con el ritmo de la belleza plástica? La moral amplia de la Naturaleza no se confunde con las sutilezas y ambigüedades de la Etica oficial, ni la psicología de los poetas guarda mucha similitud con el proceso mental de los pedantes.

MANUEL G. PRADA



RITMOS

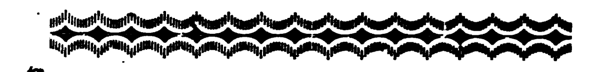
MIS VERSOS

Son, reina, tuyos; aunque amor, placeres,
Mundos y cielos en mi canto abarco.
Cuando la cuerda con el arco hieres
¿De la cuerda es la nota ó es del arco?

La gama alegre que en mi verso asoma
Tú la despiertas, mi cantar es tuyo:
De la flor, no del frasco, es el aroma;
Del agua, no del cauce, es el murmullo.

Es del Sol el azul que muestra el lago
Y la luz que refleja el Universo:
De tu amor, por quien vibro, de tu halago,
De tu risa y tus gracias, es mi verso.





A LA DUDA

Por qué temer si vacilar me siento
Cual sombra que oscilante luz dibuja?
También vacila la imantada aguja
Y marca al fin el rumbo al movimiento.

No importa que la duda, como un viento
Huracanado, en el cerebro ruja;
Que si al abismo Dios y Mito empuja,
Verdad y luz aporta al pensamiento.

Al cielo que más vierte claridades
Oscureció la noche tenebrosa,
Y cruzaron también las tempestades.

Siempre al fulgor precede la penumbra;
Y antes de ser estrella, nebulosa
Fué el mismo Sol que al universo alumbra.





A UN ALGARROBO

Vives, oh solitario,
En la pendiente de desnuda cresta
Y te inclinas al monte, horrorizado
Del hondo abismo que á tus pies serpea.

Con actitud humana,
De peñascos te empuñas y te aferras
Y tus raíces fuertes y rugosas
Hinchas así cual músculos de atleta.

Te he adivinado á veces
Contorsiones de angustia, aire de pena,
Si intenta derribarte, sacudiéndote,
El viento que rebrama entre las breñas.

Oh genio dulce el tuyo:
De la humedad del aire te alimentas,
Que la savia á otras plantas no disputas,
Ni el sustento que toman de la tierra.

Si á veces me ha invadido
Esa nostalgia de la edad primera,
Por tí ha sido, algarrobo solitario,
Nacido en la pendiente de la cresta.

Niño, miré el abismo
De tus ramas que en él están suspensas,
Mientras inmóvil tú permanecías,
Cual si el peligro conocido hubieras.

Después trepé á tu planta,
Asomada ya á mí la adolescencia,
Y palpité al mirarte, estremecido,
Cual si á fiel ayo y viejo amigo viera.

Si vives ó caíste
¡Oh querido algarrobo de la cresta!
Mis recuerdos más tiernos yo te envío,
Mis estrofas más dulces y más tiernas.





PLACIDEZ

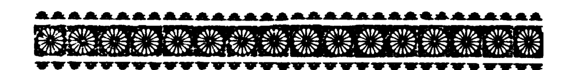
Esperando, en el agua, hacia la orilla
Salpicada de sauces del torrente,
Siento la brisa refrescar mi frente
Y la onda murmurar á mi rodilla.

En los montes cercanos el Sol brilla
Y por los claros que el sauzal consiente
Traza rasgos de azogue en la corriente
Y hace chispear dorada la arenilla.

Sale élla al fin, alegre y sonrosada,
Se acerca juguetona; me estremezco
Al himno de su grata carcajada.

Con el miedo gracioso de un minino
El agua toca, mientras yo le ofrezco
Uvas cortadas del parral vecino.





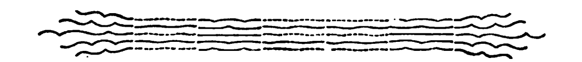
CUESTIÓN DE NOMBRES

En la acera. A una seña se detiene
Y afanosa á su cliente le pregunta,
Sin vueltas ni rodeos, cuanto tiene
Y al fin se marcha, que mal pre barrunta.

En el salón. La niña echa al olvido
Al imbécil que junto se le sienta
Y arguye ¿cómo puede ser querido
Un pobre diablo que no tiene renta?

Y el sentido común, que se reputa
De justo y bueno y que razón se llama,
Nombra á esa de la acera, prostituta
Y á estotra del salón la nombra, dama.





AZUL

Cuando miro tus ojos bajo el encaje
De tus cejas doradas, mi mente sueña
En los lagos azules y misteriosos
Que duermen á la sombra de las palmeras.

Sueña en el lago lindo de la isla Capri
Que reclinado bajo dosel de peñas
Se recata en la sombra de una alborada
De tonos azulados, limpia y eterna.

Sueña en cielos y ocasos, sueña en auroras,
En los cuadros que traza la primavera,
En enigmas, en sombras y en los celajes,
Más suaves y polícromos de la tierra.

¡Y dices que tus ojos así tan lindos,
Así tan misteriosos, en nada sueñan!
¡Las auroras, los cielos y los celajes,
Las bellezas del mundo, ... tampoco sueñan!





RONDEL

Soñando siempre en tí, paso la vida;
Y flotan sin cesar ante mis ojos
El rasgo encantador de tu sonrisa
Y los puros contornos de tu rostro.

Si sufro ó gozo en tan supremo encanto,
Jamás podré llegarlo á definir;
Pero es lo cierto que la vida paso
Soñando siempre en tí.

Si alegre charlo, siento á tu recuerdo,
Como estrujado el corazón latir;
Que estoy cuando hablo, cuando callo ó duermo,
Soñando siempre en tí.





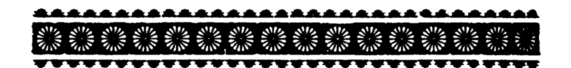
SUPREMAS IRONIAS

Se quiere del molusco,
Se estima en él lo mismo que segrega;
Que la sustancia que inconsciente arroja
Será la blanca é irisada perla.

Sus plumas deja el ave.
El viento en giros las arrastra y quiebra.
¡Plumas que al ave merecer hicieron
Nombres augustos de imperial soberbia!

La humanidad al genio,
Su luz, su gloria y su blasón execra,
Tal como el ave que sus plumas bota,
Como el molusco que segrega perlas.





A KIRSIS

Como no hay culpa en la atracción, presumo
Que culpable no soy si experimento
Que á tí me lleva irresistible impulso.

Mas al pensar en tí, no se que quiero,
Si desear las caricias de tu boca
O si tenerles á tus besos miedo.

Una indecible sensación me ahoga....
Y es la caricia que al pasar tu falda
Me hace sentir si mis vestidos roza.

¡Oh vértigo de amor el que me embarga,
Cuando adivino la opulenta curva,
Que sube de tu seno á tu garganta!

¡Qué supremos deleites me procura,
Cuando toco tus dedos con los míos,
Sentir el tacto de tu piel desnuda!

Lo que quieras dirás de mi cariño
Que roba á tu belleza y tus encantos
Las dichas y los goces sin pedirlos;

Mas yo no puedo prescindir del rastro
Que en mis facciones queda si en tí pienso,
Como una fuerte contracción de espasmo.

Si sólo cuando pasas á lo lejos,
El ritmo que haces al andar, sacude,
Como una nota musical, mis nervios.

¡Oh sueños voluptuosos que en mí surgen
Si miro en el temblor de tus pestañas
Los tonos claros de tus ojos dulces!

Pienso en caricias lúbricas que matan
Cuando miro tus brazos; mas á éllos
Invisibles tentáculos me arrastran.

Y gozo adivinando el sacro vértigo
Que la muerte sería entre las ansias
Vibrantes y anhelosas de tu pecho.





SONETO

A qué pensar en esos que obtuvieron
Mirarse en las pupilas de tu amada ?
Ve sus labios de púrpura inviolada
Que ni besos ni arrullos destiñeron.

¿Qué pides? Siempre para tí tuvieron
Sus ojos dulce y celestial mirada,
Y á su caricia ardiente y delicada
Tus nervios y tu sangre se encendieron.

Menor dulzura la canción no tiene
Si oída fué por otro , ni la brisa
Que de arrullar otros cerebros viene.

Recibe , pues , lo que el amor aporta.
Ella te da sus gracias , su sonrisa ,
Te hace feliz : lo que pasó ¡ qué importa !





A CEEFE

Te amo. ¿Piensas que no? ¡Me desconoces!
Así me dices é infinitos goces
Con tu arrullo me das.
Y oyéndote, vulgar filosofía
—Mentira es cuanto élla habla—me diría;
—Ya cambia si te vas.

¿ Habrá también quien diga que la boca
Jamás se endulza aunque la miel la toca,
Porque pasa la miel?
Oh reina, miente; que al oírte siento
Que siquiera ese instante, al pensamiento
Tu voz traduce fiel.





VIAJERA

La nave corría. ¿Te acuerdas? Parada
Al pie de la borda, tu brazo en el mío,
Contemplas la esfera de estrellas cuajada,
Las luces del puerto que deja el navío.

Contemplas el agua que cisnes de espuma
Levanta, que borran después sus antojos,
Y como á un espejo que guarda y que suma
Estrellas y cielo, yo miro tus ojos.

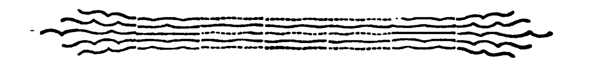
Las brisas, haciendo flotar tus cabellos,
Los dan á mi rostro como una caricia,
Y corre en mis fibras tocándome así éllos
Un escalofrío de amor y delicia.

Yo siento que quiero decirte lo tanto
Que te amo; mas sólo cansado respiro,
Cual fiel que en deliquio de fe eleva un *Santo*
Y apenas, ahogado, prorrumpe un suspiro.

Es diálogo el nuestro de frase muy breve,
Y hacemos la pausa muy larga, muy larga;
Porque presentimos que el Silencio lleve
Al irse la dicha que en él nos embarga.

Al fin ya te marchas: es tarde. Tu mano
Estrecho en las mías. La dicha está rota.
Y luego en mi lecho dormir quiero en vano;
Que miro en las sombras tu imagen que flota.





A ASPASIA

¿Qué sientes, que palpitas agitada?
¿Adónde se dirigen tus recuerdos,
Que truncan tus sonrisas y dibujan
Tu faz con rasgos de dolor y duelo?
¿Qué triste pensamiento es el que traza
La actitud dolorosa de tu cuerpo?
¿Por qué sueles perder tus alegrías
Y ya no ríes si me das tus besos?

¿Piensas acaso en eso que pregona
Esta moral idiota de protervos,
Que admite infamias, crímenes y vicios
Si acompañan la marca del secreto?
Ligera, dicen porque fuiste libre;
Cínico llaman lo que fué sincero.
Bien es que así te juzguen: para el topo
No se hizo el canto ni tampoco el vuelo.

Fué tu culpa ser linda, ser amada,
Que más de un labio se apoyó en tu pecho:
Es el crimen del astro que refleja
En más de una pupila sus destellos.
Nula es tu falta, y mientras seas joven,
Siempre conságrate al amor y al beso:
Arde el volcán mientras conserva vida,
La flor perfuma mientras guarda incienso.

¡Cómo creer tu infamia, si sonríes
Cual un niño al transporte de un ensueño,
Si tu candor no ha muerto, si conservas
El corazón inmaculado y bueno!
Existen aguas cuya linfa es pura
Aunque las toque el organismo infecto,
Y en el árbol que mata con su sombra
Ave hay que posa sin temor el vuelo.

¿Hubieras preferido ser la diosa
De un solo altar y un exclusivo ruego?
¿Ser nota que alegrara un solo oído,
Lira que vibre para solo un dueño?
¡Ah no! Que así como la musa antigua
Inspirar puedes á millares de estros:
La Luna presta su fulgor á un mundo,
El Sol á muchos da su luz y fuego.

¡Qué importan tus locuras y tus faltas!
¡Qué importan tus amantes y tus besos
Prodigados al mundo ni tu vida
Tan llena de borrascas, si tras eso
Estás hermosa como diosa antigua
Que de entre el polvo de arruinado templo
Surge intacta y radiante, cual saldría
De los cinceles del artista griego.

Si pensar haces en aquellos árboles
De vida exuberante, que en el seno
De la intrincada selva y á la orilla
De los gigantes ríos, siempre bellos
Se yerguen á pesar de tempestades
Y de corrientes de caudal inmenso
Desafiando los besos de mil ondas,
Las caricias y soplos de mil vientos.

¡Oh! No naciste tú para una vida
Sólo virtuosa para el vulgo necio.
¡Hipócrita virtud que siempre cambia
Como el paisaje con el clima y tiempo!
Quiero tu rostro alegre y voluptuoso,
Mas no un semblante rígido y austero;
El traje de colores del verano
Y no el triste sudario del invierno.

¡Flores de castidad, flores mortales
De enfermas almas y marchitos cuerpos!
Oh nunca las cultives: siembra rosas,
Que placer dicen sus carnosos pétalos.
Naturaleza da sus armonías,
Sus aromas, sus luces y sus cielos:
Hija tú predilecta de esa diosa,
Síguela y da tus gracias y tus besos.

Abandona tus penas, canta y ríe,
Vibra los rayos de tus ojos negros,
Deja caer en tus nevados hombros
La clámide sin par de tus cabellos;
Y deja que me embriague á tus caricias,
Allí en tus brazos, como en otro tiempo,
Cual mariposa que dormida cae
Sobre una flor al aspirar su aliento.



¡SERIEDAD!

Regodeándose el cerdo en su chiquero
De canónigos aires se reviste
Y pega resoplidos de banquero.
Y parece decir, hurgando el lodo:
"La seriedad es lo mejor que existe,
"Ella procura bienestar y todo.

"Mala es la libertad que el hombre tiene.
"El que se siente libre va al abuso.
"Por eso hay que buscar quien le encadene.
"Fe en pátria, relaciones y dinero
"Hay que tener; no aquélla del iluso
"Que bienes pide para el mundo entero.

"Estúpido es quien á negar se atreve
"La religión: sin élla se desborda
"Y ataca vida y propiedad la plebe.
"No quiero figurármela, no quiero
"Pensar en fiera y asesina horda
"Que hasta arrasar pudiera mi chiquero.

"Todo goce es pecado, es inmundicia
"Fuera del matrimonio, aunque otra cosa
"Digan la corrupción y la malicia.
"Piensa en mi vida, toma de élla ejemplo:
"En mi mansión la santidad reposa,
"Tiene en mi casa la virtud su templo.

"Joven: déjate guiar de mi experiencia.
"La posición que el mundo hoy me convida
"La debo sólo á mi profunda ciencia.
"Procede como yo: manduca y traga,
"Aunque en ello le vaya á otro la vida
"O si bajeza tu ganancia paga."





EN MARCHA

Antiguas religiones, creencias y costumbres,
iranos y verdugos el tiempo derribó.
El tiempo que ahondó abismos donde existieron cumbres
en las profundas simas montañas colocó!

o ha de cambiar ya el hombre de vida ni senderos?
iseria, guerra y crimen ¿continuarán así....?
jueces, sacerdotes, soldados y banqueros,
humanidad tampoco ha de pararse aquí.



FRUTA MADURA

No repitas que frío tu corazón ya no ama,
Que estás vieja y há tiempo pasó tu edad florida.
No me digas locuras: siempre guardó la vida
Para entrados abriles, amores, gloria y fama.

Son más dulces las frutas maduras en la rama
Y las uvas que estío al expirar convida.
Y la rosa que tiembla de pétalos rendida
Más incienso que al punto de abrirse desparrama.

**Imposible creerte: si siento tu ternura,
Si fogosa en caricias y goces te adivino.
A mitad de su marcha, más vivo el Sol fulgura.**

**Abandona, pues, quejas, dolor y desengaños;
Que cual ánfora griega que encierra grato vino,
Amor guardan las curvas de tus treinta y ocho años.**





RONDEL

La niña de mis sueños me recibe
Con una tempestad en la mirada.
Hablo, no me responde; insisto, y sigue
Impenetrable y muda á mis palabras.

Hago protestas de mi fiel cariño,
Muevo un mar de ilusiones y recuerdos;
Mas ojos fieros y semblante esquivo
Pone siempre la niña de mis sueños.

Terrible al fin me avienta la rejilla;
Y en los cinco años trascurridos de eso,
No he averiguado aún que causaría
Tanto enojo á la niña de mis sueños.



A UNA DIOSA

Dicen que eres de hielo, que tu frente
Pura como la nieve es también pálida;
Que en medio de tu espléndida hermosura
Y tus rasgos de diosa, no entusiasmas;
Que tus griegas facciones sólo tienen
La belleza marmórea de una estatua,
Que en tus ojos azules, hermosísimos,
Se mira el cielo, pero no la llama.

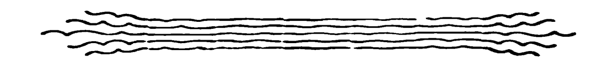
Mas no comprenden, dí: bajo las nieves
Se alojan truenos y se ocultan lavas;
También del seno de las nubes frías
Surge el rayo en ardiente llamarada.
No adivinan ¡oh diosa! que en tu cuerpo
De estatuaria hermosura se destacan
Las formas soberanas de una Venus
Entre el severo traje de una Diana,
Y que en el fondo de tus dulces ojos
Arden hogueras que el amor inflama,
Como en el fondo del azul inmenso
Ruedan los soles de gigantes llamas,
Y bajo el mar de las azules ondas
El cráter surge y la explosión estalla.

Mas ¡qué han de comprender, si ellos no han visto
El conjunto supremo de tus gracias!
¡Si no han llegado al cáliz de tu boca
Ni probado las mieles que derrama,
Si no han visto el relámpago de fuego
Cuando el azul de tus pupilas rasga,
Si no han visto la chispa que palpita,
Próxima á desprenderse, en tus miradas!

Para mí que he aspirado allí en tu boca
Los mil perfumes que la brisa arrastra,
Que he escuchado en tu voz las armonías
De las aves canoras de la pampa,

Que he visto en tus pupilas las auroras
Y los tonos del cielo de mi patria,
Que he sentido al calor de tu mejilla
Encenderse el cariño que me abrasa,
Y que he sentido al estrecharte ansioso
El calor virgen que tus formas guardan,
Para mí eres de fuego, sí, de fuego,
De oro y azul, como la ardiente palma:
Como élla hija del Sol y del desierto
Y, también, hecha de oro y esmeralda.





IMPOSIBLE?

Me quieres; pero no puedes consentirlo ¡Qué locura!
¿Estrella, sombra, enigma eres? Iré á tí hecho pensamiento.
¿Flor que nació en honda sima ó en inmensa agreste altura?
Seré el rocío que vaya á tí en las alas del viento.

¿Piensas, de veras, que entre ambos hay abismos insalvables
Cuando repites que me amas, mas que nunca serás mía?
Para los peces no hay mares borrascosos é infranqueables;
El ave clarovidente en la sombra tiene el día.

No pienses en imposibles. A la más gigante rama
Del árbol más empinado el rapaz valiente sube.
Nunca el amor se detiene, es sutil como la llama,
Y cruza abismos, distancias, cual el aire, cual la nube.





A ASPASIA

Siempre dices que no te comprendo.
Te equivocas quien sabe. En tu alma
Adivino que hay brisas que arrullan
Y también huracanes que matan,
Y que hay noches serenas y luces
Junto á sombras y negras borrascas,
Y que hay dichas, bondad y alegrías
Junto á crímenes, odios y rabias.

Mas si pides que yo te perdone,
Te quisiera soltar carcajadas.
¡Perdonarte! ¿De qué? Si el pecado
Es del mundo la gloria y la gracia;
Es la vida, el amor, la ventura,
El aroma, el color y la gama.
¿Perdonarte? También pediría
Que á tu vez ¡oh mi amor! perdonaras.

¡Quién pudiera lucir en el mundo
Una de esas conciencias sin mancha!
¡Si la rosa en botón todavía,
Ya recibe de soles la mácula!
Si de nervios y sangre, así somos,
Y no líneas con regla trazadas;
Si también el diamante á la escoria
Siempre unido en la mina se guarda.





EL TERRUÑO

I

Bajo el árido Sol, caliente y seco,
Como un verano eterno sufre el valle.
Su mancha de verdura,
Rodeada por inmensos arenales,
Recuerda una esmeralda
Que envolvieran fulgores de diamantes.
Y las crestas y abismos de la arena
En giro caprichoso, interminable,
Fingen una tormenta en que se hubiera
Petrificado súbito el oleaje.

En medio á esos desiertos
Sólo osa aventurarse
La palma, como bravo centinela
Que un campamento de verdor guardase.
Delira el valle en su terrible fiebre
Por la nieve perpetua de los Andes
Que lejos duermen y también suspiran
Por el ardiente valle:
Amantes que se adoran
Y que suerte fatal tiene distantes,
Bocas que tiemblan llenas de caricias
Sin lograr el momento de juntarse.
Mas el valle, en su fiebre,
Una caricia espera y una amante,
Y siempre un beso de frescor recibe:
El beso de las aguas estivales.
En las horas más cálidas de estío,
Cuando más quema el Sol, cuando más arde,
Y las plantas se crispan como puestas
Al fuego, el agua de las sierras cae



II

Cual muerta que en las sombras de una iglesia
Entre tules descansa y entre encajes,
La nieve del invierno está en las sierras
Entre gasas de un pálido celaje;
Pero despierta al beso
Caliente y lento que el verano trae,
Y sacudiendo el invernal letargo,
Se despereza pronta y se deshace.
Dejando ya su placidez de muerta,
Es lúbrica bacante

Que con gritos y risas empezara
Desenfrenado baile.
Veloz corre entre riscos,
Y fuerte, alegre y bulliciosa bate
Los mil pedruscos que á su paso encuentra
Y en su carrera desigual atrae.
Y su vestido serpentino y blanco
Entre peñas se oculta y luego sale,
Como un rayo de Luna que con ritmo
Dejan pasar las copas de los árboles.



III

En torrentada el agua del invierno
Se trueca ya, juntándose
A la lluvia impetuosa que el verano
Deja caer en rápidos raudales;
Y sus olas en tumbos bulliciosos
Se yerguen y se crispan al tocarse
Cual brazos de mujer que, en sacudidas
De amor, para estrechar se levantasen.

Al acercarse el agua, se estremece
En sus confines últimos el valle:
De amor tiembla, y sonríe á la caricia
Que voluptuosa la corriente le hace.
Quizá también si palpitó por esa
Venida de las aguas estivales
Con la ansiedad suprema del que espera
A un sér querido que la vida trae.
Como rendida el agua
De su agitado y presuroso viaje,
Cual si quisiera descansar, se tiende,
Ya lenta y perezosa, por el valle
Derramándose en hilos
Por infinitos cauces.
A su contacto tierno,
A su lujuria suave, incomparable,
Los naranjos se alegran,
Se sacuden los sauces,
Las palmeras se mecen,
Embriagados vacilan los parrales,
Y hasta el huarango que en la altura vive,
Al escuchar sus risas y sus ayes,
Siente quizá la pena del eunuco
Ante una diosa de opulentas carnes.



IV

¡Oh tardes voluptuosas de verano,
De amores y de dicha; hermosas tardes
En que un escalofrío de caricia
Recorre por los ámbitos del valle;
En que las nubes pardas dulcifican
Al Sol canicular, que brilla y arde,
Dando al ambiente el tinte y el misterio
De una alcoba que espera á dos amantes;
En que parece que se escuchan quejas,
Ahogados besos y cortados ayes,

Y que las ramas que se enlazan, como
En un violento espasmo se contraen;
En que al cruzar las aves y las hojas
Se piensa ver, movibles, palpitantes,
Como siluetas de invisibles brazos
En acción amorosa de enlazarse;
En que se vibra al diapasón del bosque
Con flores, árboles, insectos y aves,
Y hasta se sienten besos y caricias
Fugitivas de incógnitas amantes!
¡Oh concierto dulcísimo de amores
De dichas y de goces inefables
Del que se lleva sensación extraña
Que es dulce, alegre y así mismo grave.!





AMOR

La alegría del mundo ya no eres. Algo triste
En tus goces encierras. Ya no eres el amor
Libre y dulce que el griego de los antiguos tiempos
Adorara entre dioses como á supremo Dios.

Profanado por leyes, alcaldes, alguaciles
Y ministros inmundos de culto aterrador;
Mutilado y deforme, caricatura sólo,
Eres de ese que el mundo pagano nos legó,

Hoy hipócrita ó cínico no más amor ya eres;
De burdel ó de templo te sigue ingrato olor.
El perfume, el encanto con que naciste al mundo,
La dulzura, la gracia, la dicha....se perdió.

¿Dónde existes ahora, amor risueño, alegre?
Amor fácil y sano ¿en dónde vives hoy?
En florestas, en cumbres, acaso, ó en océanos;
Pero nunca allí donde el hombre se asentó

Sobre leyes y cosas, revive, amor; resurge
Amor fácil y alegre, risueño y sano amor:
Vén desnudo, vén libre, ardiente y voluptuoso;
Vén sin trabas, vén como la vida te forjó.





FIESTA CRISTIANA

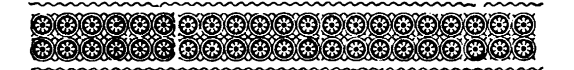
Rey, pueblo y sacerdote, de santa ira
Llenos, se juntan á piadosa fiesta
En que atado el hereje arde en la cresta
Coronada de llamas de la pira.

De amor y fe la multitud delira,
Eleva una oración; y ya la orquesta
Anuncia que en el mundo nada resta
A la paz del Señor, que el malo expira.

Manda Dios conservar así su culto,
Y sus ministros van en asechanza
Del error, aunque aliente sólo oculto.

Y no halla Él imposibles á su aliento;
Que antes, sólo por ver una matanza,
A los astros detuvo el movimiento.





RECUERDO Y OLVIDO

I

Dando al fuego tus cartas, no me libro
Del recuerdo que el ascua no consume.
Flores sean que puestas en un libro,
Aunque secas le presten su perfume.
¿A qué impedir que mi recuerdo exhume
Tu risa alegre por la cual aun vibro?
Quede el aroma ya que huyó la esencia.
Mas ¿perdura el recuerdo, en la existencia?

II

¿Fué tu culpa? ¿Fué mía? ¡Quién lo sabe!
Pasó nuestro cariño, fué lo cierto:
Muda el cielo color, rumbo la nave,
El árbol hojas, el viajero puerto.
¿A qué llorar por el pasado muerto?
Ley es que aquello que principie acabe.
Cambia el ave de amor, cambia de nido.
¿Quién su tributo no pagó al olvido?





DESPEDIDA

Me despido y por ser cortés me afano.
Un adiós de cariño á todos digo;
Mas no lo doy al estrechar tu mano:
¿A qué si siento que tú vas conmigo?

Me voy alegre saboreando el rato
Que á tu lado pasé lleno de gozo,
Y me parece hasta que suena grato
El ruido que hace el escalón que rozo.

A mi cabeza un pensamiento negro
No agita entonces ni ninguna saña.
Cual la música tierna de un alegro,
Siento dentro de mí que me acompaña.

Ya tu silueta en el balcón se mueve;
Y con tu lindo rostro allí figuras
Un precioso y magnífico relieve
De rasgos suaves y de líneas puras.

Se alza en tu busto la cabeza—albergue
De dorados, rojizos resplandores—
Como un ramo impecable que se yergue
En una porcelana de colores.

Bate un adiós tu mano, como el ala
De una paloma blanca que acaricia.
Un suspiro de amor mi pecho exhala,
Y me voy palpitando de delicia.





TUS BESOS

Cuando en mis labios tus labios
Suaves y amorosos siento,
No sé qué ignota dulzura
Invade y llena mi pecho.
La alegría que se esparce
Por aire, campos y cielos,
Siento que la depositas
En mí si me das un beso.

¡Qué exquisita melodía
La que en tus besos encuentro,
Cual la de un canto lejano
Del que se oyen dulces ecos!
Siempre dices que me pongo,
Cuando me besas, muy serio.
¿Serio? Quizá: así, mi amada,
Soy cuando gran dicha siento.

Parece que no me tocas
Cuando me obsequias un beso:
Apenas siento la seda
De tu labio rojo y fresco.
¡Y hasta en mis fibras más toscas
Yo palpito, me estremezco,
Y tiemblo de amor al mimo
Que pones en cada beso!

¿Cómo siendo tan callados
Me dicen tanto tus besos?
Callados son los celajes,
Las auroras y los cielos.
Y son calladas las flores
Los astros, el firmamento.
Más hermoso es el mar cuando
Está más llano y sereno.

Más gratos y arrulladores
Son los más callados vientos,
Y más dulces y exquisitos
Son los más suaves inciensos.
Es así como la música
La música de tus besos:
Un lenguaje sin palabras,
Pero muy profundo y tierno.

Son tus besos dulces, tanto
Que en los concursos helenos
Hubieran siempre obtenido
Por melódicos el premio;
Y en aquel tiempo, imitando
A las curvas de tu cuerpo,
Hubieran hecho la lira
De contornos más soberbios,

¿Qué importa si esto que digo
Fué ya dicho y es muy viejo?
Viejo es el verde del campo,
El zafir del firmamento,
El tono azul del miosotis;
¡Y siempre son verdaderos!
Viejo es el amor, oh amada;
¡Y ambos gozamos sintiéndolo!

Sin rival, eres hermosa.
Tu rostro es lindo y correcto.
Pienso que el mundo me sobra
Si te escucho y te contemplo.
Pero en tu rostro divino
Es tu boca lo más bello,
Y lo mejor de tu boca,
Oh mi reina, son tus besos.

¡Cómo comparar tus labios
A la fruta del cerezo,
Si otro igual no encontrarían,
Que éllos en el Universo?
Bésame, bésame siempre,
Que son muy dulces tus besos,
Muy voluptuosos, muy gratos,
Así callados, ligeros.





TRISTEZA

¡Qué ráfagas frías, qué nieves, qué brumas
A veces de tedio y zozobra me llenan!
Yo siento que flotan tan sólo en el aire,
Dolor, pena, fastidio y tristeza.
Me parece que todo se crispa
Con una actitud dolorosa y acerba.
En el cielo, en el llano, en la sima,
No hay nota que ríe, que canta, que alegra.



¡Oh tristes ideas borrosas que ignoro
A dónde es que marchan, de dónde es que llegan,
Que flotan cual nubes grisáseas de invierno
En ratos de calma, pesadas é inciertas!
¿Qué es esta neurosis que así me sacude?
¿Serán las pasadas é incógnitas penas
De seres antiguos de quienes yo vengo,
Que en mí se levantan y en mí se despiertan?
¿Por qué estos dolores que no tienen causa,
O la tienen, quien sabe, suprema,
Y el marasmo brutal de la vida
Impide sentirla, quizá, y comprenderla?
¿Será que la pena de todos los seres
En mí repercute y en mí se refleja?
No sé; pero siento que todo está triste
Y que nada en el mundo me alegra.



¡Oh momentos de angustia y dolores!
¡Oh momentos amargos de pena
En que todo el horror de la vida
A los ojos se agita y se muestra!

Pero no los huyamos: que invadan
Nuestro sér, que desgarren, que hieran;
Que cual témpanos pasen sembrando
Horrores, angustia, dolor y tristeza;
Que caiga abundante torrente de lágrimas:
El llanto disuelve dolores y penas.
Labra y pule el torrente y suaviza
A la piedra que arrastra y golpea:
El alud desgarrando á los montes
También los esculpe, les quita asperezas.





EN LA BARCA

I

Conocí el mar cuando en pequeño bote
Corrí por largo y peligroso viaje,
No cuando ví el azul de su ropaje
Desde inmundo y caldeado camarote.

Nuestro barquillo con pujante bote
Marcha arrancando espumas al oleaje,
Como al guigarro chispas, el herraje
De ágil corcel en presuroso trote.

Balanceándose cruje la barquilla.
El mar lanza siniestra carcajada,
Mientras lo rasga la ligera quilla.

Insecto que se agita en la corola
De carnívora flor: tiembla agitada
La barquita en la cumbre de alta ola.



II

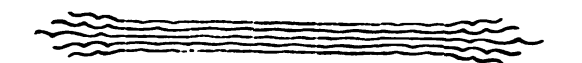
Y sigue, ave que va de rama en rama,
El bote de una cresta á la otra cresta
Bajo gotas de espuma: extraña fiesta
En que lluvia de lirios se derrama.

Ya no se agita el mar, tampoco brama;
Arrullo, encanto y brisa ahora nos presta.
Se aproxima la costa y su floresta
Luce entre cerros de verdosa gama.

Perezosas y lánguidas caderas,
Que el acaso á mirarlas nos invita,
Las olas, cruzan mansas, placenteras.

Y una onda—dulce y amorosa aya
Que su carga en la cuna deposita—
Ya el barco deja en la arenosa playa.





AL TROTE

Sobre el caballo, acompasadamente
Me muevo al golpe de su trote rítmico,
Bajo la sombra salpicada á trechos
Por los sauces é higueras del camino.

La acequia sigue al borde del sendero
En un canto monótono y continuo,
Pero dulce y callado, grato y tierno,
Como la voz con que se arrulla á un niño.

Un rosal me sonríe; mas parece
Sus rosas ocultar si me aproximo:
Coqueta que se oculta en su ventana
Después de hacernos amorosos guiños.

Un naranjo leproso lanza al aire
Su ramaje doliente y enfermizo,
Y sufre más acaso en su impotencia
Para dar una queja ó un suspiro.

Las ramas de los lindes, mustias, secas,
Retorciéndose, asoman al camino:
Recuerdan manos que imploraran, manos
Dolientes y nudosas, de mendigos.

En el buey y el gañán que abren el surco
Igual dolor de esclavos adivino,
Y en la mujer que canta en su cabaña
Y en los nublados ojos del pollino.

Al pie de un viejo de atezado rostro,
Una muchacha de semblante lindo
Hace pensar en una rama fresca
Alzándose de un tronco carcomido.

Con flexibilidades de culebra,
El agua pasa bajo un puente antiguo
Que luce á sus entradas dos rosales,
Cual dos jarrones de soberbio estilo.

Más allá, los huarangos, ante el hacha
Del leñador que llega, en su mutismo
Desolador y triste, son ancianos
Que serenos aguardan el peligro.

En medio al llano, un monte solitario
Evoca irguiendo su rocoso filo
La sola extremidad, que al aire queda,
De un cuerpo que tragaron los abismos.

¡Oh triste aspecto el que las rocas tienen!
Acaso en su inacción sueña el granito
Breve vida de amor y movimiento,
No aquella eterna de supremo olvido.

Allá en el fondo, un resplandor de luces,
Como el claro de un túnel, da su brillo:
Es el torrente que retoza y juega,
Espejeando sus tonos blanquecinos.

Tiembla y se agita temeroso un árbol
Que arrastrar quiere en su corrriente el río:
Náufrago al punto de arrancarlo el agua
De los peñascos á que estaba asido.

Parecen curvas de mujer, de lejos,
Las ondas bajas que levanta el río,
Y que á verlas los árboles se empinan,
Como agitados por amor lascivo. .

Con ímpetu furioso da el torrente
En un flanco del monte de granito,
Y después de encresparce á un lado, cae
Como robusto gladiador vencido.

Y el monte avanza puntiagudas rocas
Que fingen, suspendidas sobre el río,
Puños que están en actitud valiente
De detener el golpe á un enemigo.

Antes de un bosque de tupidos sauces
Pájaros bobos, tiesos, graves, rígidos,
Parecen sacerdotes que defienden
Un santuario de amor allí escondido.

Los árboles murmuran á mi paso
Como diciéndome algo en el oído,
Y expresan ansias, cosas y deseos
Que en mis sentidos de hombre no percibo.

La enredadera que al arbusto envuelve
Tiembla con él en agitado ritmo,
Como la tela que recubre un seno
De mujer perturbado de cariño.

Y se suele sentir, allá en el bosque,
A sus arrullos suaves y tranquilos,
Que el amor estrujando las entrañas
Nos sacude con grato escalofrío.

Y ya dejando sombras y misterios,
Al Sol me alegro y su calor recibo,
Y en el caballo, acompasadamente,
Me muevo al golpe de su trote rítmico.



INDICE

Pág.

Pag.